

La reescritura del espacio social en la narrativa de Ronaldo Menéndez

Chiara BOLOGNESE
Università di Roma La Sapienza

Resumen

En este ensayo se analiza qué espacios recrea el escritor cubano Ronaldo Menéndez en algunos de sus textos ficcionales, y se reflexiona sobre la función que estos desempeñan. En particular, se profundizará en los espacios de un cuento y de algunas de sus novelas más recientes. Se verá cómo siempre se trata de lugares en decadencia, que reflejan, al tiempo que causan, el derrumbe de los protagonistas.

Palabras clave: Ronaldo Menéndez, narrativa cubana contemporánea, espacios, Período Especial, cuento/novela.

Abstract:

In this essay I analyse which spaces the Cuban writer Ronaldo Menéndez recreates in his fictional books; and I reflect on their function. In particular I will work on the spaces of a short story and some of his most recent novels. We will see that these are always places in decline, that reflect, and in the same time cause, the collapse of the protagonists.

Keywords: Ronaldo Menéndez, Cuban contemporary fiction, spaces, Cuban Special Period, short story/novel.

Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de La Habana, Ronaldo Menéndez (La Habana, 1970) vive desde hace años en Madrid, donde se desempeña como docente de escritura creativa. El autor salió de Cuba en 1997 rumbo a Perú, y no volvió a residir nunca en su país, aunque, como él bien reconoce, su situación es la de un “exiliado de baja intensidad” (Castilla, 2014: s.p.), que entra y sale del país sin mayores dificultades.

A pesar de vivir en el extranjero, o tal vez justamente por eso, su narrativa desprende cubanidad, en los temas, los personajes, los conflictos, las expectativas y los escenarios. Los textos de Menéndez meditan sobre la situación de la isla: proyectan su mirada hacia el país natal, con nostalgia, rabia y amargura; y parecen escritos para recordar quiénes y cómo fueron los cubanos que ahora tienen entre cuarenta y cincuenta años, es decir su generación. Se trata de un ajuste de cuentas, que tal vez sólo se cumple en su novela más reciente.

Cuba, según lo que plantea este escritor, es un lugar que despierta amor y odio, es la isla de su pasado, pero también otra, tal y como se presenta ahora. Constante es el protagonismo de La Habana, en situación de mayor o menor decadencia en tanto que, curiosamente, otros espacios no cubanos a él familiares, como Madrid y Perú, no aparecen en sus textos sino en muy contadas ocasiones¹. Es, por lo tanto, un cubano que escribe desde fuera sobre el mundo de la isla. Sus espacios casi siempre son cubanos, y en ocasiones se refiere a zonas muy singulares como la que da el título a la novela *Río Quibú*², un lugar muy connotado para sus compatriotas, como parte de la periferia más abandonada y decadente de la ciudad.

En general, el horizonte de referencia de sus ficciones suele ser el de la adolescencia y primera juventud; precisamente esa época de la vida que el autor vivió en Cuba. Menéndez quiere ser un pintor de la compleja realidad isleña de los 90, con sus dramas e ilusiones.

Confirmando lo que postulara Benítez Rojo acerca de la literatura cubana, el escritor busca describir “procesos, dinámicas y ritmos que se manifiestan dentro de lo marginal” (1998: 13). El mundo marginal es, pues, el eje que vertebra su narrativa, la cual describe un espacio distópico, una sociedad anacrónica, antiutópica (Sklodowska, 2016: 270). A pesar de su alta carga dramática, la narrativa de Menéndez se teje también con mucha ironía, enmarcada siempre en la violencia cotidiana. Es un cronista implacable de los problemas de Cuba, tanto cuando los menciona explícitamente, como cuando no lo hace. Explora la condición humana, con sus miserias y también sus potencialidades, porque sus personajes se caen, pero siempre se vuelven a poner de pie.

La literatura es para él un medio para meditar sobre la decadencia en las relaciones sociales, a través de la descripción del derrumbe de los espacios en los que estas tendrían que ser protagonistas.

Desde hace algunos años se ha difundido la convicción de que “los grandes problemas sociales que caracterizan el mundo actual [...] pueden ser abordados desde un enfoque espacial” (Ortega Valcárcel, 2004: 43). Y si esta afirmación puede parecer algo exagerada, sin duda es cierto que hoy en día se da por sentado que la urbanización y la construcción de la realidad social están vinculadas. Cuba no es una excepción en este sentido. La urbanización en la isla está fuertemente relacionada con la situación histórica en la que esta se encuentra; los procesos sociales que allí se viven influyen en sus espacios y viceversa³. A través de las obras de Menéndez se puede reflexionar, pues, sobre “cómo los procesos de socialización en espacios determinados generan grupos sociales, y cómo las gentes transforman los lugares y se transforman a sí mismos, a través

¹ *El agujero de Walburgis* se desarrolla en la sierra madrileña; Perú aparece, por su parte, en el cuento “La isla de Pascali”, del libro *De modo que esto es la muerte*, y en el final de *La casa y la isla*.

² Este era ya también el título de una canción del cantautor cubano Frank Delgado.

³ Antonio José Ponte, que se definió ruinólogo, es decir, un cronista de la ruina habanera, habló ya hace años de esto. Sin embargo, la obra de Menéndez, que aparte de esto trata de muchos otros temas, me parece más interesante.

de estos procesos” (Ortega Valcárcel, 2004: 29)⁴. Los personajes de Menéndez ocupan un espacio social propio, considerado este como “un producto de la acción humana, de aquí que no sea un objeto dado ni preexistente a la misma, sino que se produce socialmente y, como tal, también históricamente” (Ortega Valcárcel, 2004: 32).

La narrativa de Menéndez se centra mucho en estos elementos, algo que se verá con claridad al reflexionar sobre espacios como la Escuela Lenin, las casas y hasta las orillas del Quibú, y confirma también lo que evidencia la crítica Cecile Leclercq cuando mantiene que la literatura cubana es un “espacio propicio para la creación y representación de una identidad conflictiva” (2014: 94).

LOS ESPACIOS DE RONALDO MENÉNDEZ

La narrativa de Ronaldo se desarrolla en su mayoría en lugares cerrados, que se van haciendo más agobiantes a medida que se avanza cronológicamente en su producción. Se trata, en general, de espacios urbanos⁵: la ciudad de La Habana, sus calles, un río, los bares y las casas, casi siempre en decadencia, que cobijan a sus inquietos protagonistas.

El entorno embrutecido y embrutecedor es el escenario del derrumbe de la gente y de la ciudad; la decadencia humana y la social corren parejas: “Esto es una isla estrangulada y con la lengua afuera, aquí no hay futuro ni cuando se muera el General, la gente se ha echado a perder” (Menéndez, 2008: 67). El espacio refleja, al tiempo que modifica, la existencia de los protagonistas, siendo, al mismo tiempo, causa y consecuencia del derrumbe social.

Menéndez recrea un espacio que transmite una fuerte y constante sensación de encierro, como se puede ver ya desde sus comienzos literarios en el cuento “El carcelero”, de *El derecho al pataleo de los ahorcados*⁶. Aquí el lector asiste a un monólogo desde el encierro y el padecimiento de la violencia, durante el cual el protagonista, el carcelero, mostrándose empático hasta el engaño, se esmera para ofrecerles alguna ilusión de vida a los presos: “he practicado infinitas maneras de mantener vivos a mis hombres: he llevado cartas de amor a ningún sitio, me he dejado sobornar dando los planos de una cárcel imposible, a otros he dado papeles y creyón para unirlos en grueso manuscrito” (Menéndez, 1998: 19). Se percibe una sensación de reclusión sin posibilidad de salvación, puesto que “Todo hombre es ante todo un celador, un vigilante incansable [...] El hombre es el carcelero del hombre” (Menéndez, 1998: 21). Una idea, esta última, constante en la propuesta del autor: la isla, su capital y hasta los propios domicilios de los protagonistas pasan a convertirse en una cárcel.

⁴ Esta es una una de las tareas de la Geografía Humana o Social, según Johnson (Ortega Valcárcel, 2004: 29).

⁵ Rojas, en *El estante vacío*, dice que Pérez Cino habla de la existencia de una corriente de “crónica urbana” empeñada en documentar la sordidez de la vida habanera desde muy diversas asunciones de la escritura” p. 81

⁶ Este libro fue galardonado con el Premio Casa de las Américas de Cuento en 1997.

La Habana, dos casas –la de Cañizares, en *Las bestias*, que se reduce a un cuarto de baño infernal, imagen de un mundo al revés; y la de Montalbán, en *La casa y la isla*, donde todavía hay alguna mínima posibilidad de cercanía humana–, la Escuela Lenin – en la que no se educa– y el Río Quibú –cuyas orillas son como un cementerio– son cuatro espacios que merece la pena analizar con detenimiento, para ver qué representan y cómo influyen en las relaciones interpersonales. Cada uno de ellos encarna, pues, un lugar muy concreto y reconocible, o por lo menos imaginable, para el lector, y desempeña un papel fundamental en el desarrollo de los acontecimientos relatados.

La Habana en completa decadencia, como ya se ha señalado, es el escenario donde suelen transcurrir las vidas de los protagonistas de Menéndez, quien parece fascinado por el “brioso dinamismo de la ruina” (Garrandés, 2002: 76).

El autor describe los espacios del hambre de los años noventa, en una Habana que ya podría ser cualquier ciudad de la miseria, con una propuesta un tanto apocalíptica. De la situación de derrumbe socioeconómico surge esta “Literatura urbana cargada de droga, de sexo, de delito, de miseria y de violencia”, como nota Ludmer (2004: 358) con palabras que describen bien las historias de Menéndez.

Se trata de una escritura que con frecuencia nace del recuerdo de la ciudad donde el autor vivió hasta los veintisiete años. En sus páginas se aprecia cómo la ciudad puede ser el lugar de encuentro y desencuentro. Es una Habana de la memoria, que se recorre, por ejemplo, a través de la mirada nostálgica de Humberto Travieso, cubano residente en EEUU y protagonista de “Una ciudad, un pájaro, una guagua...”, quien busca “reconocer su Habana, descubrirla como un arqueólogo detrás del derrumbe y el churre [...] Aunque esta ciudad está sucia y en ruinas, su gloria natural puede percibirse si uno se fija bien” (Menéndez, 1998: 48). Este excelente cuento reúne en sí muchos de los temas del autor –la migración, la dramática decadencia de la capital, el arte, la amistad y la conveniencia, entre otros– y representa un homenaje a La Habana, con su pasado glorioso y su posterior caída. El protagonista, a quien le queda poco tiempo de vida, solo quiere recordar y caminar por la ciudad por última vez y volver a vivir “su amor imposible por la ciudad [...] un Humberto enamorado de una ciudad que le sonreía y luego lo engañaba” (Menéndez, 1998: 56). Es una historia en la que el lector es llevado de la mano por las calles de La Habana, un canto de amor y nostalgia dirigido a la capital. Así se despide Humberto de su tierra y de la vida misma (Menéndez, 1998: 68).

Una casa en un barrio de clase media de La Habana es, por su parte, uno de los escenarios fundamentales de la última novela del autor, *La casa y la isla*, en la cual los protagonistas se encierran voluntariamente en un desgarrador insilio y allí reviven su pasado, describiendo así también el desarrollo y la caída de la propuesta de la Revolución cubana. Aquí Montalbán, uno de los protagonistas principales, que eligió no dejar su país cuando toda su familia se marchó al extranjero, se va alejando del mundo, y llega a la decisión extrema de no salir nunca más de su piso, convirtiéndose él mismo en isla dentro de su propia ciudad, isla que, sin embargo, ofrece cobijo a otros conciudadanos perdidos. Los protagonistas son individuos muy solos, que en el sálvese quien pueda generalizado que propone el autor se han quedado sin nadie y esto los hace vulnerables. De ahí la importancia de la casa-refugio de Montalbán, un espacio en el que ellos se

sienten protegidos: el único lugar en el que diferentes identidades, que fueron incluso enemigas, se relacionan. La casa, dentro de la ciudad, se convierte en un espacio de encuentro, de salvación, casi.

Desde el encierro, en esta novela, se proporciona un panorama de la sociedad cubana de los últimos treinta años. El telón de fondo es el espacio urbano de La Habana en ruinas:

Parecía que las calles y las casas habían sido bombardeadas [...] de miseria [...] la secreta bomba de la miseria. La dejaban caer en nuestras noches que eran lápidas de sueño, y no hacían el menor ruido [...] Cada día caían bombas de miseria sobre la isla del sacrificio, y cada mañana los moradores [...] podían apreciar los daños colaterales: [...] las casas estaban más agrietadas, la montaña de basura por recoger en la esquina se había duplicado [...] a nadie se le ocurría que podía haber tregua, cesar por una sola noche el bombardeo de la miseria⁷. (Menéndez, 2016: 38)

Se descubre un país a la deriva, que ya no ofrece ninguna perspectiva a sus habitantes, quienes por eso prefieren encerrarse en un espacio amigo, apartado del mundo real. La capital y la isla, dos lugares que con frecuencia se van entrelazando y fusionando en una capital-isla, son algunas de las constantes de la narrativa de este autor.

Queda claro que el espacio refleja y modifica la existencia de los protagonistas. Los lugares se resemantizan, cambian su función: las casas ya no son hogares, y las escuelas no propician la formación intelectual y humana de los individuos, sino que son lugares de violencia, privación, abusos, y hasta de abyección. Estos lugares, vistos como espacios sociales, sufren una inversión de papel. El espacio refleja y modifica la existencia de los protagonistas.

Emblemática es la situación que se vive en la Escuela Vocacional Vladimir Ilich Lenin, otro escenario privilegiado de la novela. Fundada en 1974 por Fidel Castro para formar gratuitamente a los futuros profesionales del país, la Lenin, como la llaman los cubanos, es aquí un espacio de violencia. La presión psicológica que una de las jóvenes más talentosas, Anabela, allí padece -porque no quiere perder su marca de mejor alumna, admirada por todos sus compañeros y exhibida, casi, como pionera modelo por los profesores; y debido a una exigencia de disciplina y ética que roza el absurdo- la lleva a sufrir un colapso emocional que cambiará para siempre su destino y su visión del mundo.

Menéndez nos lleva de la mano por los lugares más recónditos de la escuela, esos espacios en los que los alumnos adolescentes se encuentran para vivir las experiencias típicas de su edad (tener sexo, escuchar música prohibida y otras transgresiones inocentes); describe las aulas, y se detiene en los dormitorios, vigilados por las estudiantes de último curso que no hacían sino ejercer la violencia y aterrorizar a las más jóvenes. La Lenin representa un microcosmos de esta visión de la isla, donde se puede asistir a las incoherencias y contradicciones de los profesores y directores de la escuela, que responden a los dictados de los dirigentes revolucionarios.

⁷ Este fragmento aparece también en *Río Quibú*, pp. 121-122.

Desde esta perspectiva, la escuela se parece más a una cárcel que a un lugar de formación. El estado de reclusión en el que viven los estudiantes resulta mucho más violento que el encierro de Montalbán en su casa, que brinda cierta idea de protección, ya que la casa se convierte en un refugio para personajes desubicados, en un espacio que cobija y en el cual, de una manera un poco estafalaria, se comparte la existencia.

Esta Habana decadente y asfixiante, estos espacios que se parecen a cárceles son habitados por una humanidad marginal; y las novelas *Río Quibú* y *Las bestias*, con sus escenarios convertidos en infiernos, retratan magistralmente esta realidad.

En el caso de la primera, el río que le da el título indica el lugar en el que se arman las balsas para los que quieren emprender el viaje por mar hacia Estados Unidos (Menéndez, 2008: 25). Sus orillas son un espacio dantesco por el que merodean personajes esperpénticos y el miedo “es como una segunda piel” (López, 2011: 90). Allí viven los más marginales de la sociedad: “Primero era el hedor a pantano. A la izquierda del margen del Quibú empezaban las marismas, las tembladeras de donde no volvía nadie [...] la Mafia del Quibú, que no perdona ni a los suyos” (Menéndez, 2008: 85). Y es que “Los alrededores del Quibú son una selva”, en la que solo entran los que forman parte de ese submundo (Menéndez, 2008: 47, 53). Se trata de un espacio en el que la vida ha perdido todo su valor: pues se descubrirá a lo largo de la novela que es el sitio en el que asesinarán a la madre del protagonista; y donde también lo atarán después de propinarle una horrible paliza. En esta novela la descripción del espacio inhóspito, de muerte, refleja la existencia de sus habitantes, que se arrastran por la vida con poca perspectiva de futuro.

En la segunda, *Las bestias*, otra casa se presenta como un espacio muy relevante: la de Claudio Cañizares, profesor con una vida en derrumbe, como él mismo comprende: “vivo al margen del ser, como un punto en blanco sobre fondo blanco, quizás por anodino quieren matarme” (Menéndez, 2006: 21). Éste, por hambre, empieza a criar un cerdo en su baño, algo que ya hacía la mayoría de sus vecinos. La cría de cerdos en la Cuba del Periodo Especial⁸ se convirtió en una práctica extendida, aunque denostada por el Gobierno, por elementales razones higiénicas.

Menéndez dibuja a través estos textos un “espacio del horror” (López, 2011: 88), en el que se mueven personajes que han perdido su humanidad. De constructores de un mundo nuevo de esperanza, rectitud y bienestar, según el proyecto revolucionario, se han transformado en perpetradores de la violencia más absoluta, que parece llegar hasta la práctica del canibalismo⁹. La necesidad de sobrevivir anula todas las leyes y las normas sociales y morales. *Las bestias* y *Río Quibú*, desde este punto de vista, son emblemáticas, ya que describen un universo que roza con la abyección, la cual “señala la confusión de fronteras y transgresión de límites” (Sklodowska, 2016: 270): límites y fronteras entre lo humano y lo deshumanizado que en estas dos novelas se van continuamente

⁸ Para profundizar acerca de esta cuestión, véase también el ensayo de Rita De Maeseneer y Juan Manuel Tabío Hernández (2013).

⁹ Sobre la presencia de este tema en la narrativa de Menéndez se puede consultar el texto “Cuba: de puercos y hombres” de Duanel Díaz (2015).

transgrediendo. Menéndez propone aquí un espacio distópico, que de tan catastrófico a veces puede resultar inauténtico, pero que, al mismo tiempo, no deja de ser muy interesante.

La presencia del animal en la casa, en *Las bestias*, marca el comienzo de la decadencia del hogar -convertido en un espacio de muerte-, así como de la vida del propio protagonista que hasta ese momento se había sentido diferente, quizás algo superior, con respecto a los demás habitantes del barrio. A medida que el cerdo engorda y se hace más violento, Cañizares se va adentrando en el mundo de la delincuencia, hasta convertirse él mismo en secuestrador, torturador y verdugo de quien lo quería matar¹⁰. Se asiste a la decadencia moral de un hombre, que de blanco sin culpas se transforma en homicida. Su baño pasa a parecerse a una pocilga en la que cohabitan Bill, el asesino potencial de Cañizares, y el cerdo, que en realidad es dueño y señor de ese espacio y obliga a Bill a subsistir arrinconado. Más adelante, después de matar a Bill, Cañizares pasará a ser rehén del propio cerdo y no tendrá más remedio que vivir encerrado en su dormitorio: “He llegado a pensar que una arbitraria fuerza nos iguala a mí y al animal. Estoy tan débil que apenas puedo mantenerme quince minutos seguidos de pie. Paso todo el día en la cama. Me arrastro al baño para defecar. Luego ni eso: lo hago a un costado de la cama” (Menéndez, 2006: 120). La suciedad y la abyección se han apoderado del espacio, que es el correlato de la situación vivencial del protagonista, quien finalmente consigue matar al cerdo y beber su sangre: “[aplico] el filo del machete al gajnate callado, y espero que se desangre. Tengo tanta sed y hambre que ni siquiera puedo esperar y pruebo la sangre hirviendo del animal” (Menéndez, 2006: 121). Este alejamiento de los códigos más habituales de la norma social, lo evidencia con inteligencia Sklodowska cuando subraya que “la experiencia límite del Periodo especial tiene también que ver con el tabú de la proximidad familiar, sea a través del consumo de mascotas, sea a través de la ambivalencia hacia los animales de corral criados dentro de la casa” (Menéndez, 2006: 213). En este caso la relación que el protagonista establece con el cerdo es de odio, repulsión y violencia mutuas. La abyección, aquí, va entrando en el mundo protegido y protector del hogar, de la socialización.

CONCLUSIONES

Estos ejemplos -ciudad, casa-isla, casa-pocilga, escuela y río- muestran cómo en el discurso de Ronaldo la decadencia de un proyecto fascinante puede marcar para siempre la vida de unos individuos; los cuales, a su vez, en su desbarajuste existencial, su desmotivación hacia la vida y la falta de futuro contribuyen a que el propio espacio en el que se mueven y viven decaiga y se convierta en un infierno, una pesadilla. Como en un círculo, la decadencia política, social y moral determina el derrumbe del espacio social, en tanto que este mismo espacio social, privado ya de cualquier belleza, calor y

¹⁰ Recordemos que Bourdieu habla del espacio social como del lugar donde en el que se forjan las luchas de poder.

propiciación de intercambio personal, contribuye a hacer más grave la caída, y muestra el vacío, la violencia, la perversión de las interacciones entre seres humanos.

Queda claro que, como se planteaba al comienzo de estas páginas, los espacios determinan las existencias de los personajes, así como, viceversa, la dura vida de ellos va progresivamente modificando los espacios en los que se mueven.

BIBLIOGRAFÍA

- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1998): *La isla que se repite*, Barcelona: Casiopea.
- CASTILLA, Amelia (2014): “La Cuba que ya cuenta el cambio”, *Babelia. El País*, 27 de diciembre.
- DE MAESENEER, Rita; TABÍO HERNÁNDEZ, Juan Manuel (2013): “La cerdofilia en el Período Especial y sus avatares en la obra de Ronaldo Menéndez”, en Mateo del Pino, A.; Pascual Soler, N. (ed.): *Comidas bastardas: gastronomía, tradición e identidad en América Latina*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, pp. 107-130.
- DÍAZ, Duanel (2015): “Cuba: de puercos y hombres”, *La Habana Elegante*, 57 (noviembre), www.habanaelegante.com/November_2015/Notas_Diaz.html
- GARRANDÉS, Alberto (2002): “El cuento cubano en los últimos años”, *Anales de la Literatura Hispánicoamericana*, 13, pp. 65-82.
- LECLERQ, Cecile (2014): *El lagarto en busca de una identidad*, Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- LÓPEZ, Magdalena (2011): “Tras el legado de Marlow: novelas cubanas de hoy”, *América Latina Hoy*, 58, pp. 81-99.
- LUDMER, Josefina (2004): “Ficciones cubanas de los últimos años: el problema de la literatura política”, en Birkemeier, A.; González Echevarría, R. (coords.): *Cuba un siglo de literatura (1902-2002)*, Madrid: Editorial Colibrí.
- MENÉNDEZ, Ronaldo (1998): *El derecho al pataleo de los ahorcados*, Madrid: Lengua de Trapo.
- MENÉNDEZ, Ronaldo (2006): *Las bestias*, Madrid: Lengua de Trapo.
- MENÉNDEZ, Ronaldo (2008): *Río Quibú*, Madrid: Lengua de Trapo.
- MENÉNDEZ, Ronaldo (2016): *La casa y la isla*, Barcelona: Alianza.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, José (2004): “La Geografía para el siglo XXI”, en Romero, J. (coord.): *Geografía Humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*, Barcelona, Ariel, pp. 25-53.
- SKOLDOWSKA, Elzbieta (2016): *Invento luego resisto: El Período especial en Cuba como experiencia y metáfora (1990-2015)*, Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.